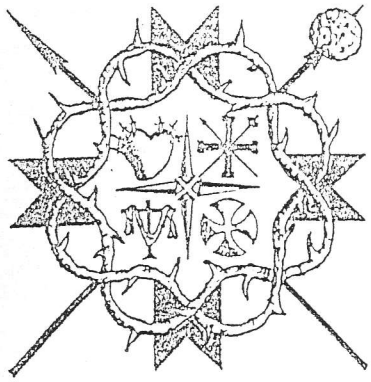

FEDERACION DE COFRADIAS HUESCAR

IV- PREGON DE SEMANA SANTA

A CARGO DE:

D. FRANCISCO ARIAS GARCÍA

** LICENCIADO EN FILOSOFÍA.

** CATEDRÁTICO LENGUA Y LITERATURA

** DIRECTOR DEL I.E.S. "JIMÉNEZ MONTOYA" DE BAZA.

** DIRECTOR DEL CORO "ALCAZABA" DE BAZA.

HUÉSCAR, 20 DE FEBRERO DE 1.999.

IGLESIA DE SANTA MARIA.

PREGÓN DE SEMANA SANTA

HUÉSCAR, 20 DE FEBRERO DE 1999

PREGONERO: Francisco Arias

PREGÓN DE SEMANA SANTA

HUÉSCAR, 20 DE FEBRERO DE 1999

PREGONERO: Francisco Arias

Quiero que mis primeras palabras sean de agradecimiento a las personas que me han brindado la oportunidad de estar aquí en estos momentos; de ser pregonero en Huéscar, esta vecina y hermosa ciudad, a la que tanto admiro y a la que, desde hace muchísimos años, me han unido apreciados lazos de amistad, algunos de ellos un tanto lejanos, pero nunca olvidados. Esta cercanía, tanto física como como afectiva, me anima, con vuestro permiso y el mayor de los respetos, a hablaros en un tono sencillo y familiar, como se habla en casa, como se habla con los amigos.

Para mí supone un gran honor estar entre vosotros, y me siento especialmente complacido de que hayáis querido que os hable en estos días tan importantes y entrañables; de que mis palabras sirvan de punto de partida de los actos de vuestra Semana Santa; en definitiva, de colaborar, aunque sólo sea con un pequeño grano de arena, en la más hermosa manifestación del sentimiento y de los valores más profundos del alma oscense.

Porque la Semana Santa ahonda, sin duda, en lo más recóndito de nuestras raíces. En ella florecen, cada primavera, los rasgos fundamentales, la forma de ser de la gente, la esencia de los pueblos. Como ya he dicho en otro momento, la Semana Santa es toda una historia del sentimiento. Historia con minúscula, intensa y cotidiana, como la lluvia menuda y paciente que cala nuestra tierra, que cala nuestros huesos. En la Semana Santa

convergen los entramados del sentir de nuestra gente, de la tradición judía, árabe y cristiana; de su fe, más o menos comprometida, pero presente en todos los aconteceres y en todas las manifestaciones culturales.

El pueblo andaluz se describe con total precisión en el modo de vivir la Semana Mayor. En ella vuelca sus pesares, toda su historia de marginación, de lucha, de tantas y tantas penas. Y redime su dolor viviendo la pasión y muerte de Cristo; compartiendo el sufrimiento de María, nuestra adorada Virgen doliente. Y esa vivencia se inunda con el detallismo y el sentido estético propios del alma andaluza, y se enriquece con la enorme generosidad del corazón de nuestra gente. Por eso todo nos parece poco para nuestro Cristo, para nuestra Virgen. Y se les llena de flores, de cirios, de color, de plata... Y esto, aunque personalmente estemos en contra del lujo superfluo y del despilfarro, no es una ostentación sin sentido, sino una autoafirmación, una saeta impresionante, una oración devota y generosa. Aunque alguien no lo entienda, aunque alguien trate de impedirlo sin darse cuenta de que no se pueden ahogar los más profundos latidos del sentir popular. Porque en la Semana Santa se amalgaman fundamentos religiosos, históricos, sociológicos y estéticos que dan a luz, cada año, a este fenómeno indescriptible, pero fácil de comprender cuando el corazón abre sus puertas a la belleza del misterio.

Esenciales, ante todo, son los fundamentos religiosos, que deben llenar de contenido todas las manifestaciones externas para dar respuesta a nuestras inquietudes, para elevarnos por encima de nuestras propias limitaciones, para calar en los rincones del

alma, reviviendo, cada, año, la muerte y resurrección de Cristo. Lógicamente, no podemos olvidar la importancia de las celebraciones litúrgicas que tienen lugar dentro del templo, aunque se me va a permitir que, hoy, me centre, especialmente, en la actividad de hermandades y cofradías. En este sentido, y os hablo con toda la sencillez y como uno más de vosotros, no debemos consentir que nuestros actos se conviertan en meras manifestaciones externas, vacías de contenido. No podemos olvidar que vamos a celebrar el misterio de la pasión, muerte y resurrección del Redentor. Esta consideración debe tener repercusión en nuestra vida. Y el primer paso es mentalizarnos para hacer morir, dentro de nosotros y dentro de nuestra hermandad o cofradía, todo lo que nos aparta del buen camino, para poder después resucitar a la luz y a la verdad; que la Pascua sea un paso que nos aparte de la oscuridad y nos acerque a los valores auténticos. Por eso no podéis quedaros en la contemplación, más o menos complaciente, de la muerte de Jesús. La Resurrección os debe dar la fuerza necesaria para ir más allá, para continuar en el empeño, no sólo en estos días, sino a lo largo de todo el año. Estoy seguro de que ése es vuestro deseo y de estáis en el buen camino, pero pensad que si cada año, cuando os disponéis a celebrar la Semana Santa, os dais cuenta de que estáis en el mismo punto de partida, de que no habéis progresado nada, será señal inequívoca de que algo no funciona, de que algo muy importante falta en vuestras hermandades y cofradías. Caminad, pues, al ritmo que os marque vuestra propia conciencia, pero caminad. Caminad siempre juntos, sin rechazar a nadie, que nadie sobra, pero buscando la autenticidad y siendo

absolutamente sinceros y respetuosos con las vivencias de los demás. La propia denominación de "hermandad" y "cofradía" ya sugiere plenamente los principales valores que debéis buscar. La Pastoral que dirigían hace unos años los obispos andaluces a hermandades y cofradías dice textualmente:

"Este valor evangélico tan esencial en la vida cristiana y en la vida de toda la Iglesia, debe aplicarse y ampliarse a las nuevas situaciones de injusticia, a los nuevos grupos de marginados que han surgido en nuestros pueblos y ciudades a la sombra de un desarrollo económico consumista e insolidario. Vuestra caridad cristiana tiene que llegar a todas las personas y grupos que sufren abandono, soledad, incomprensión, marginación... Pero una caridad que no se quede sólo en las ayudas materiales, sino que llegue hasta el compromiso en asociaciones eclesiales o civiles para la promoción del bien común... Hoy se necesita más que nunca la formación de la dimensión social de nuestra conciencia cristiana... Los frecuentes llamamientos que la Iglesia ha hecho a los católicos para una acción social y política coherente con la fe han quedado con frecuencia paralizados por los moldes individuales en los que todavía muchos creen poder vivir el Evangelio".

Como veis, la fraternidad debe ser vuestro lema, pero no una fraternidad meramente limosnera, sino que os comprometa a un estilo de vida solidario y os vaya apartando de esos grandes vicios de nuestra sociedad que más directamente atentan contra el espíritu cristiano: el egoísmo, la ambición, la soberbia, la violencia, el rencor, la envidia, y tantos otros en los que el materialismo, la comodidad y la rutina nos han instalado. Si

miramos un poco dentro de nosotros mismos, si analizamos la marcha de nuestras hermandades y cofradías, cada uno de nosotros verá con claridad por donde debe comenzar su muerte interior. Esa muerte que, en lugar de destruirnos nos resucita y que ilumina el sentido más profundo del espíritu cofrade, del espíritu evangélico.

Siendo fundamental, como hemos visto, la motivación religiosa, a ella se unen también importantes valores sociales y estéticos en los que cristaliza nuestro bagaje histórico, cultural y afectivo. Es toda nuestra gente, la de hoy y la de ayer, la que nos acompaña especialmente en estos días. Nuestro caminar sigue la huella de las personas que nos precedieron, de los seres queridos que ya no están a nuestro lado, de aquellos hermanos y cofrades que iniciaron y mantuvieron las hermandades y cofradías hasta dejarlas en nuestras manos. Al mismo tiempo, el esfuerzo ha de tener una clara vocación de futuro, llegando mucho más allá de nosotros mismos, hasta esos días venideros en que las gentes revivirán la Semana Santa, llevando nuestra memoria en lo más profundo de su alma. Es la propia historia la que se nos pone de pie, nos coge de la mano y nos pide que sigamos adelante, que no dejemos morir nuestras tradiciones, que mantengamos para el futuro los valiosos tesoros que se nos han encomendado; pero que los entreguemos engrandecidos y revitalizados, con la fuerza que les confieren la profundidad y la autenticidad; con esa fuerza que los lanzará más allá, como preciosa saeta, llevándonos a todos envueltos en un infinito abrazo.

Y, por las referencias que tengo, los tesoros de la Semana

Santa de Huéscar son admirables. A ello contribuye, sin duda, la peculiar situación geográfica de estas tierras del norte granadino, especialmente la situación estratégica de vuestra ciudad: puerta acogedora de este estrecho pasillo por el que Andalucía se nos escapa hacia Castilla y Levante; y por donde, al mismo tiempo, nos llegan las más ricas y variadas influencias. Porque éste es vuestro destino, ésta vuestra grandeza: ser principio y final, ser frontera; pero no frontera que separa, sino punto de encuentro en el que se funden y conforman las raíces fundamentales de vuestra esencia. Ciertamente, el buen criterio y el perfecto equilibrio con que recreáis esta valiosa diversidad os confieren la gran personalidad que os adorna y distingue, y que se hace patente especialmente en la forma de vivir la Semana Mayor. Porque conjugáis sabiamente la moderación y la riqueza, la expansión y el recogimiento, asimilando y administrando con virtuosa maestría la luz y musicalidad del Levante, la sobriedad y misticismo de Castilla y las formas religiosas y estéticas de Andalucía.

En mi opinión, en la Semana Santa de Huéscar, entre otros muchos elementos, a primera vista destacan dos aspectos fundamentales: la riqueza escultórica y la impresionante raigambre de vuestras cofradías. Nada menos que al año 1580 se remontan los primeros datos de la Venerable y Muy Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo de la Expiración y María Santísima de la Esperanza, y son sus orígenes aún más antiguos, probablemente de 1505. Además de este rancio abolengo, la Cofradía de la Esperanza tiene el privilegio de contar con tres joyas de la imaginería oscense: El Cristo de la Expiración,

divino testigo de la fundación de la Cofradía, ya que, aunque restaurado en su mayor parte, es una valiosa talla de principios del siglo XVI; Nuestro Padre Jesús Nazareno y el Cristo de la Guía, ambas obras del siglo XVII. A estas imágenes se unirá en tiempos recientes la ternura y el encanto de la Virgen de la Esperanza.

Y no mucho después, a finales del siglo XVI, se fundó la Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad. Aunque más recientes, sus imágenes y tronos actuales aportan una belleza singular a la Semana Santa de Huéscar, con el hermoso paso de la serena agonía del Cristo del Consuelo y la angustiosa incertidumbre de la Oración del Huerto, con magníficos tronos, tallados en madera de caoba, ciprés y nogal. Y la rica filigrana de plata de su paso de palio, obra de singular y rica nobleza que enmarca la admirable imagen de la Soledad, norte de devoción y cúspide de belleza de la Semana Santa oscense.

Y en la primera mitad del siglo XVII comienza su andadura la Cofradía de San Juan Evangelista, en la que, en los últimos años ha irrumpido de un modo especial la gente más joven con aires dinámicos e inquietos. Sencillos y elegantes, sus pasos de San Juan y el de María Magdalena dejan clara constancia en Huéscar de la escuela murciana con la imaginería de Sánchez Lozano, discípulo de Salcillo.

Aunque la fundación de la Hermandad del Santo Sepulcro es mucho más reciente, la procesión se viene celebrando desde tiempos inmemoriales y se ha llegado a considerar la procesión por excelencia, el momento culminante del fervor y recogimiento de la Semana Santa oscense, cuando el dolor y el luto sobrepasan

cualquier otra manifestación del sentimiento. ¡Qué decir de esa magnífica imagen de Cristo yacente! Sin duda una obra grandiosa para la más grande estación de penitencia. Junto al Sepulcro, la imagen tan querida de todos, la Virgen de los Dolores, con la mirada clavada en el cielo, muestra culminante del dolor más profundamente humano y recogido.

No cabe duda de que impresiona la variedad de pasos y la riqueza de imágenes, que proporcionan un gran dinamismo a la formidable catequesis plástica de vuestra Semana Santa. Y no podemos dejar de mencionar el dramatismo de la Flagelación, el inmenso dolor de la Virgen de la Piedad, desconsuelo de la Madre de Dios, al pie de la Cruz, con el cuerpo inerte de su Hijo; y sobre todo, la unción religiosa y el misticismo del Cristo del Perdón y de la Virgen del Mayor Dolor, que presiden, el Martes Santo, la Procesión de los Descalzos, muestra profunda y ejemplar de espiritualidad y ascetismo que hace brotar las raíces más puras y ancestrales de las estaciones de penitencia. Porque esta es otra de vuestras señas de identidad: si remotos son los orígenes, no son menos loables el empeño y el acierto con los que mantenéis vivo el más puro espíritu de las tradiciones, conservando respetuosamente criterios y formas anteriores y asimilando con mesura las nuevas tendencias.

Precisamente, hablando el otro día con el Presidente y el Secretario de la Federación de Cofradías, me destacaban la que desde mi punto de vista es vuestra característica más valiosa: la fe y el fervor popular con que se continúa viviendo en Huéscar la Semana Santa, tanto en la calle como en el templo. Y muestras evidentes son la intensidad con que asumís la preparación de la

Cuaresma y la presencia primordial de la Eucaristía en la Semana Mayor, siendo el motivo central en el momento culminante del Domingo de Resurrección; ello confiere una especial actividad en estos días a la Hermandad del Santísimo, precisamente la decana de vuestras hermandades. Javier y Luis me hacían ver, también, la fuerza que ha cobrado vuestra Semana Santa con la presencia activa en las cofradías de la juventud y de la mujer. Los jóvenes aportando su ilusón y entusiasmo, siendo su participación decisiva para las cuadrillas de costaleros y costaleras, que, con su esfuerzo y generosidad, llenan de vida y alma las estaciones de penitencia. Y las mujeres, con su tesón y su gran sentido de la espiritualidad, formando, incluso, una hermandad femenina, la de la Virgen de los Dolores.

Hablando de la mujer, es imprescindible destacar el meritorio trabajo de las Madres Dominicas de Huéscar, que con sus artísticos bordados han engrandecido vuestra Semana Santa y tantas otras que tienen la suerte de contar con alguno de sus trabajos.

A esta espléndida variedad hay que añadir un elemento indispensable: la música. Y también la música es un motivo del que podéis sentiros orgullosos, con esas magníficas bandas que, con su gran calidad, dibujan en el aire oscense el arte devoto de sus notas.

Sinceramente, el caudal con que contáis merece toda vuestra entrega. Son muy grandes los tesoros recibidos, y, como os decía anteriormente, tenéis la obligación de mantenerlos y revitalizarlos, para entregarlos a vuestros sucesores con más grandeza, con más vida, con más profundidad. Yo quiero proclamar

con toda la fuerza de mis palabras el valor que tiene vuestro trabajo. La importancia de todas aquellas personas que os esforzáis para mantener, cada año, la vigencia de la Semana Santa. Cofradías, hermandades, costaleros y costaleras, horquilleros y horquilleras, músicos y amantes todos de la Semana Santa de Huéscar que empeñáis generosamente vuestro esfuerzo, podéis sentiros orgullosos de vuestra labor. En vosotros se dan un precioso abrazo el presente, el pasado y el futuro de vuestra ciudad. No hay duda de que en su historia cotidiana y entrañable ocuparéis para siempre un lugar destacado, porque con vuestro sacrificio mantenéis y modeláis los trazos genuinos de la esencia de vuestra tierra, del alma de vuestra gente. No os canséis nunca. Seguid siempre adelante. Aunque os sintáis solos. Es verdad que con frecuencia la responsabilidad y el trabajo se acumulan sobre un reducido número de personas, pero no por eso debéis sentiros abandonados; pensad, antes bien, que sois los elegidos para la sublime empresa de mantener vivos los valores fundamentales del pueblo oscense. Porque no estamos hablando de manifestaciones externas, de sentimientos superficiales o de actos sin contenido. Vosotros podéis dar fe de ello, vosotros que comprendéis como nadie la trascendencia y las motivaciones religiosas de vuestro trabajo; porque sois obreros del alma, porque sois artesanos de Dios. Inundáis, cada año, las calles de la ciudad de fervor y misticismo, de recogimiento, de hermandad, de generosidad. Despertáis en los corazones un torbellino de inquietudes que obligan a levantar la mirada por encima de la realidad cotidiana, más allá de la rutina, más allá de la indiferencia. Mantenéis

vivo el duende del misterio. Ese duende que, año a año, despierta en los últimos días del invierno y hace renacer una primavera muy especial, de vida y esperanza, una primavera total y para siempre: la primavera del alma. Primavera inminente que un año más está llamando a la puerta del sentimiento, recreando vivencias, reviviendo hermosos recuerdos. Empujados por la impaciencia, dejemos volar, si os parece, nuestro pensamiento y adelantémonos un poco al tiempo. Entornemos los ojos e imaginémonos que ha pasado la Cuaresma y que ya estamos en un atardecer de la Semana Santa de Huéscar. La ciudad abre su corazón a la belleza del misterio. Despiertan los geranios en los balcones y el crepúsculo dibuja en el cielo del tarde ráfagas doradas y grises. En la calle pululan miradas inquietas que esperan la llegada de la procesión. Poco a poco se acerca el sonido penetrante de la música. La gente mira expectante hacia el fondo de la calle y se dispone a la contemplación. Lentamente llega hasta nnosotros el ritmo trágico y acompasado de cornetas y tambores. El cielo se difumina y oscurece por momentos sobre un río de emociones, envueltas en túnicas de limpios colores, de cirios, cruces de guía, estandartes... Poco después, sobre un regazo de lirios, iris y claveles rojos, llega hasta nosotros el paso de Cristo; de uno de vuestros hermosos Cristos: el de la Expiración, el Nazareno, el Cristo del Consuelo, la Oración del Huerto, la Flagelación, el Cristo del Perdón, Cristo yacente en el Sepulcro... Jesús nos impacta con su presencia. Humillado, ultrajado, torturado, hundido en el abismo de la muerte, nos muestra el dolor de Cristo en la Tierra, el sufrimiento de las personas que nos rodean. La compasión y el dolor enardecen

nuestro espíritu cofrade y ponen en nuestros labios temblorosos esta oración:

Padre Nuestro,
que estás en la Tierra,
soportando sin ninguna esperanza
la cruz de la miseria.
Padre Nuestro,
que estás en la Tierra,
sufriendo, resignado y en silencio,
la cruz de la violencia.
Padre Nuestro,
que estás en la Tierra,
viviendo cada día en tus entrañas
la tortura de la guerra;
víctima de la ambición,
del desprecio y la soberbia,
del rencor, de la injusticia,
del hambre, de la pobreza...
Padre Nuestro,
que estás en la Tierra,
Cristo y Señor, Jesús Bueno,
Padre de todos los que sufren,
¡venga a nosotros tu Reino!

La procesión continúa. Es totalmemte de noche. Asoman sobre los tejados los primeros destellos de plata y violeta de la luna llena. La suave brisa de la noche nos hace estremecer. Tiembla

fervorosa la llama de faroles y cirios. Una música dulce y triste nos envuelve, cuando se acerca hasta nosotros la Madre de Dios. Sobre un mar de devoción y recogimiento, cerrando la procesión, como siempre, esa Virgen en la que convergen los latidos de la Semana Santa de Huéscar: La Virgen de los Dolores, la Virgen del Mayor Dolor, la Virgen de la Esperanza, la Virgen de la Piedad, la Virgen de la Soledad... La ternura nos sobrecoge y nos extasiamos ante su extraordinaria belleza. Nos invade la tristeza y nos compadecemos de su infinito dolor. Un arrebato nos domina. Queremos estar con Ella, caminar con Ella, hablar con Ella, contarle todo lo que sentimos en esos momentos:

Madre del Mayor Dolor,
detén tu paso un instante
que yo quiero ser pañuelo
para tus lágrimas, Madre.
Señora de la Piedad,
déjame que te acompañe;
cuéntame tus amarguras
que yo pueda consolarte.
Mi Virgen de los Dolores,
quiero el puñal arrancarte
y ser remedio y alivio
de tus inmensos pesares.
María de la Esperanza,
la de dulzura admirable,
deja que vaya contigo
a donde quieras llevarme.

Virgen de la Soledad,
la de belleza inefable,
yo quiero ser compañero
que llene tus soledades.
Quiero sentir la ternura
de tus ojos celestiales
y abandonar mis cuidados
en tu regazo de Madre;
que ya estoy harto de sueños
que se pierden en el aire,
que están cansados mis pasos
de ir a ninguna parte.
Mira que me siento solo
que la tristeza me invade,
que me persiguen las sombras
que ya se murió la tarde,
que mis ojos tienen miedo
de tantas oscuridades.
Déjame que me refugie,
déjame que te acompañe;
quieto, rezando, en silencio,
llévame contigo, Madre.

...Y la Virgen prosigue su camino. Lenta y serena. Ya sólo vemos el hermoso manto coronado de plata. Una música melancólica y armoniosa se aleja pausadamente. La gente se dispersa y sentimos que el frío de la noche nos traspasa y que la incertidumbre nos domina. Poco después, miramos alrededor; las

últimas personas desaparecen tras una esquina; estamos solos. Una inmensa luna-llena baña la calle, salpicada de lágrimas de cera. Lejanos se oyen los tambores, como en otro tiempo, como en otro mundo. La luz pálida y misteriosa de la noche nos acaricia con ternura y pone en nuestro corazón una maravillosa inquietud, un extraordinario deseo que nos eleva más allá de nosotros mismos en busca de luces imperecederas, de horizontes definitivos...

Una vivencia que imprime esa huella tan profunda tiene que ser algo de una naturaleza muy grande. En absoluto puede tratarse de simples manifestaciones externas, superficiales, vacías de contenido, sino que ha de proceder, sin ninguna duda, de una realidad muy superior que nos llega a lo más hondo y nos deja marcados para siempre.

Gracias, una vez más, a todas aquellas personas que se esfuerzan para mantener vivos el espíritu y los valores de la Semana Santa. Gracias a todos los pueblos que reafirman su alma, abriendo las puertas, de par en par, a la trascendencia del misterio. Y a todos vosotros, que comienzáis hoy, aquí, a vivir la Semana Santa de Huéscar, que la primavera del alma llene vustros corazones de luz, de paz y de la más auténtica felicidad.

20 de Febrero de 1999